

**15° CONCURSO LITERARIO**

**SEUDÓNIMO: BLUE JACQUES**

**CATEGORÍA: 2**

**TÍTULO DEL TEXTO: “EL VAGÓN”**

Hacía menos de un año que su madre había muerto en el hospital de *Zarki*, cuando fué declarada como incurable —gracias a la “muerte misericordiosa”, implementada por Adolf Hitler en 1939—.

Llevaba semanas enferma, y empeoraba cada día. Nunca supieron de qué murió exactamente. Pero ahora ella no estaba, y no pudieron despedirse. Él tuvo que aferrarse a un único recuerdo: su mamá sonriendo en la puerta de entrada cuando él estaba llegando de un largo día acompañando a su padre al trabajo. Volvían en una bicicleta color celeste oxidado, algo de la herencia de su abuelo.

A medida que fueron pasando las lunas, el cielo se transformó; era distinto. Él nunca lo había visto de ese color; de hecho nunca había visto un cielo encarnado en grises. Uno que dolía, por tristeza, y se calcinaba en cada tono de profundo plomo —un cielo que años más tarde se perdería en el olvido.

Una noche, cuando el sol había fallecido, dos hombres estaban sentados a orillas de la mesa de su comedor. En el lomo de esa mesa con esquinas gastadas, no había más que una vela de grasa por la mitad, cuyo fuego flameaba alborotado por sus respiraciones. Uno en cada esquina. Padre viudo e hijo huérfano de madre. El muchacho estaba transitando su adolescencia, y su progenitor se derretía como el cebo de la vela.

El silencio se hacía del lugar. Tan profundo, que si prestaban atención podrían escuchar las gotas de cera que caían a la madera, —ninguno habló con naturalidad y cariño desde el día que murió la única mujer de la que ambos se habían enamorado. Como si el aprecio se lo hubiese llevado el viento a lo espeso de las nubes del infinito—. Repentinamente, cortando con esa “ley del hielo”, el hombre con más pasado soltó una frase que su hijo nunca olvidaría. «Nadie sabe lo que es ser nosotros», le dijo. Y

juro que su receptor no entendió lo que le había dicho (y no lo haría hasta que en un par de días se encuentre en un vagón pensando en el pasado).

La conversación se extendió no más de una hora, lo suficiente como para que un hijo vea a su único compañero convaleciente, débil y temeroso de algo que podría suceder.

A *Zarki*, habían llegado rumores que lograron el rechazo y la frialdad entre gente de la misma carne. Rumores que se extendían desde personas huyendo o siendo deportadas, hasta algunos que desaparecían o se escondían. Además de que en ese último tiempo, las banderas se habían teñido, y todo lo que se ordenaba ponía en duda un futuro prometedor.

Cuando terminó de hablar, los ojos del padre eran de un cristal pulido al punto de quebrarse. Se levantó de la mesa, dijo buenas noches, agachó la mirada y con una marcha festinante se retiró a su habitación. Por otro lado, el hijo quedó pasmado, mirando hacia la pared como si fuese un túnel que se tragó la luz y debía adivinar el camino. Se mantuvo así; perdiendo totalmente la noción del tiempo y dejando que la vela que estaba encima de la mesa se extinguiera, como había pasado con los colores del cielo.

Más tarde se daría cuenta de la hora por el charco de grasa fría y apagada en el lomo de la mesa. Abandonaría su silla, se iría a dormir y tratar de olvidar por un par de horas la charla que habían tenido con su padre. En la cual quedó claro que éste sentía como si la vida lo tratara de derribar. Desvarió un rato, hasta que su mente lo puso a dormir.

Durante algún segundo de la noche cuando la luna estaba cubierta por nubes grises, mientras trataba de descansar aún con sus sueños impidiéndolo, escuchó un estruendo que vino desde la entrada (el ruido sordo y casi infinito, hizo temblar su habitación durante un instante. El sonido hizo eco en toda la casa, como si quisiera reclamar su debido tiempo y ubicación).

Con las piernas adormecidas por el susto, se levantó de la cama y decidió dirigirse a ver qué pasaba. A medida que avanzaba, se intensificaba un nudo en su estómago. Llamaba a su padre de forma temblorosa, hasta que su voz decidió no aparecer.

Había llegado a la puerta, que ya no era más que restos y escombros que cubrían el suelo. Hombres armados tomaban la sala, —hombres de la Gehena— sus caras estaban desfiguradas, y sus ojos inhumanos solo mostraban muerte, condena sin juicio, y terror, entonces pensó que se veían como poseídos.

Como por arte de magia (o solo por la adrenalina) recuperó la voz e inmediatamente comenzó nuevamente a apelar por su padre, otra vez, pero él no contestó y ni su sombra o alma se hicieron presentes. Uno de los hombres lo empujó por la espalda, haciendo que cayera al suelo. Dieron dos golpes al estómago, y el aire se perdió en sus pulmones, haciendo que se quedara en silencio, y que su rostro se tornara a tonos violáceos.

En menos de lo que demora en llegar el sonido a nuestro entendimiento, ya estaba siendo subido a una camioneta que esperaba por su espíritu y por otros (aunque raramente, esos otros subían menos preocupado. Iban con bolsas, que por el bulto parecían contener ropa o comida. También iban abrigados, mientras que él llevaba solo ropa de cama fina, y nada en los pies), a un par de metros de su hogar. Su respiración se

degradó, como un papel entre las olas del mar. Y en la poca razón que le quedaba, pudo apreciar su ciudad, vio como dos mundos habían colapsado, y que solo uno de ellos era humano.

El vehículo arrancó. Se quedó con esa imagen, y un pensamiento inhabitado por la figura de su padre. —Nunca más supo de él, e imaginó infinitos desenlaces. «Quizás siguió durmiendo, para siempre» pensaría en un tiempo, y se aferraría a esa idea teniendo la seguridad de que no sufrió como lo había hecho su madre—.

Cuando el paso del tiempo le avisó que la camioneta ya había dejado la ciudad, su mente se defendió olvidando todo lo habido por un par de horas. Olvidó como hablar, como moverse, y como recordar. Olvidó todo lo que necesitaba para vivir. Se llenó de un vacío similar al que sintió cuando le avisaron el fallecimiento de su madre. Y perdió la cordura.

Luego de andar un par de horas, la camioneta frenó. Las puertas se abrieron, y les ordenaron bajar, —eran cinco hombres con él, y dos mujeres— apuntándolos con armas y aturdiéndolos con un perro que no paraba de ladrar. Cuando descendieron se toparon con una gran multitud de personas (como ellos). Había niños, mujeres, hombres, y ancianos —por un segundo pensó que su padre se encontraba allí, aunque no hizo el intento por buscarlo—.

Los agregaron a la fila, que formaba el gentío. La misma se dividía varias veces en cierto punto, y ascendía a vagones de madera, cuyas partes de metal estaban oxidadas por el peso del tiempo. Los rieles, de la misma forma, tenían el color plomo del cielo, y este era interrumpido por tonos sangre.

A quince personas detrás de él, un hombre salió corriendo y gritando. Nadie entendió lo que pasaba. Solo escucharon un único, áspero y seco disparo distorsionado a

la distancia. —El hombre que salió corriendo, entendía lo que estaba sucediendo. Quiso escapar, y antes de llegar a donde finalizaba la estructura del tren, una bala hirviendo atravesó su tronco, dejándolo desangrarse cerca de las vías—.

Estuvieron muchas horas en la fila, y a medida que subía gente, el espacio dentro del vagón disminuía más y más. Esto no hacía que dejen de subir, y que la falta de ventilación haga cambiar de opinión a los que regían y apuraban la hilera de personas.

Cuando una moneda no logró encontrar lugar para caer entre el gentío que había en el vagón, cerraron las compuertas, y se escucharon cadenas, pero ninguno se planteó la idea del destino que les abordaba. Algunas personas se quedaron en la estación, esperando al otro tren. Y los que habían tenido la suerte de poder entrar, ya se encontraban en camino, dentro de una caja, como si fueran un regalo.

Él quedó en el medio de todos. Trató de acomodarse en el poco espacio y pudo posicionarse en la esquina derecha, en la parte de atrás, donde la luz era bastante tenue, por lo que le costaba ver con claridad. Entonces se limitó a pensar en su madre; en sus grandes ojos claros y la arruga en forma de paréntesis que dividía el lado derecho de su boca, la cual le daba un venteo a como si siempre estuviera lista para sonreír. Se limitó a recordarla para imaginar cómo sería volverla a abrazar, y que ella pudiera decirle que todo estaba bien entre tanta oscuridad. También se detuvo a pensar en su padre, y pudo percibir como se le formaba un lago en las pupilas y en el estómago un nudo imposible de desatar. Se enfrentaba plenamente a lo desconocido, y estaba solo.

Mantuvo ese pensamiento de recuerdo, remordimiento y melancolía hasta que la primera luna se escondió en el horizonte. El tren tuvo una parada en la que algunos hombres trataron de escapar, sin lograr absolutamente nada. Era como si las puertas estuvieran selladas con hierro fundido, y dentro se pudiera sentir el calor.

El olor agrio se abría paso por todo el vagón. Y hacía horas se escucharon gritos —una mujer de edad avanzada se había desplomado a un metro de donde estaba él, y raramente no hizo nada. Como si la situación le hubiese provocado un shock errático que no lo hacía reaccionar—.

Durante esa noche trató de dormir algo, en cambio soñó despierto. Soñó que volvía a su casa, cerraba la puerta de entrada que había quedado abierta, y que su papá lo esperaba sentado al borde de la mesa donde hablaron; con los brazos abiertos, para rodearlo con ellos. Pero no. No existió, y tampoco existiría. Porque ahí no se podía tener la arrogante y fértil imaginación para soñar. Entonces el mundo se volvió gigante, la fuente que contenía sus deseos, vacía, y la noche más negra e infinita que nunca. Todo se había convertido un recuerdo más. Su abdomen había comenzado a arder, y se sentía ahogado por un dolor en el pecho que lo atosigaba. Así paso la noche: decidiendo si sacrificarse a la mente o al cuerpo.

Cuando el sol comenzó a asomar sus rayos, para iluminar tenuemente el vagón, el tiempo se detuvo en un instante sempiterno en el que pudo apreciar diversas situaciones fuera de su vida —situaciones que lo harían sentir más solo, frágil e indefenso de lo que nunca había estado—. A pocos pasos hacia la derecha del rincón en el que estaba, pudo ver a una mujer llorando en silencio, la cual acunaba a su hijo para calmarlo, pero él se mantenía inquieto y llorando. Pudo ver a su esposo, el cual permanecía de pie, pero parecía estar al borde del síncope. También pudo presenciar en sus miradas, las cuales chocaban en un vaivén de tristeza y resignación, como si supieran que no había escapatoria. Cuando pudo cambiar la visual, apreció un anciano arrellanado de una manera mala y brusca en el suelo del vagón. La mirada cubierta de arrugas, cargada por los recuerdos, y la boca cuarteada. Vestía un pantalón gastado y manchado por sus propios orines. De la mano del viejo agitado, se desprendía otra. Una

anciana se encontraba desplomada a la izquierda de él, como si se hubiese dormido, y no haya podido volver de su sueño.

« ¿Por qué secuestraron las consecuencias de todo? » « ¿Por qué cuando era niño me perdía en la ciudad, y ahora que no hay más que personas a mi alrededor, me siento más olvidado que nunca? » fueron las voces que llegaron a su cabeza en ese momento. Justo ahí el vagón se convirtió en algo pequeño, y el aire más escaso que antes. Se encontró en un estado de ansiedad, desesperado y sin posibilidad de escapar. La presión en su pecho aumentó, y sus piernas se fragilizaron. Sintió un cosquilleo en las manos y empujes en sus sienes. El dolor en el estómago avanzaba en cada milisegundo, destruyendo todo a su paso. Y su garganta, era apuñalada por la sed.

Cerró los ojos para encontrarse en una fuente bebiendo agua fresca mientras comía algo similar al maná caído del cielo. En eso una gota escurrió por su cuerpo y recobró la conciencia. Escuchó el golpeteo del tren en los rieles, y se dio cuenta de que nunca había tenido tantas ganas de beber algo, en su vida.

A su alrededor la gente se apretaba y empujaba buscando lugar. El desastre y la desesperación habían tomado el vagón. De su vista, ya había desaparecido la mujer, el niño y el anciano. Ya no tenían a dónde ir.

Muchos, pedían a gritos ayuda, agua o aire, pero nunca nadie estuvo dispuesto a escucharlos. Algunos comenzaron a toser, a escupir, y otros, como en su caso, vomitaban sangre.

Un hedor a sudor, orina y comida podrida invadió sus fosas nasales, mientras que el sonido de toses, suspiros y gritos, le inundaron los oídos. Entonces fue en ese momento, cuando supo que estaba punto de romperse la vida. La presión en su pecho se había vuelto insoportable, y sentía los pulmones como dos sacos vacíos. Minutos antes



había comenzado a luchar para abrirse paso hacia algún lugar cercano que le permitiera respirar un poco de aire fresco. Pero la multitud era demasiado densa, y el espacio limitado para moverse con rapidez. No pudo soportar, y se arrojó al piso del vagón en un arranque de exasperación, para quedar convaleciente y descompensado.

Después de unos segundos de alivio, y recuperando la conciencia, se dio cuenta de que a la intemperie la atmosfera era aún peor que dentro del vagón, y sin moverse, decidió permanecer en el suelo sucio y frío con la esperanza de respirar un poco más. Pero no hubo alivio. Cada trago de oxígeno era un nuevo puñal en los pulmones y otra vez perdió el conocimiento.

Se encontró mirando al techo, luchando para mantener los ojos abiertos. Pensó en la vida, y pudo recordar todo. Siendo así, se desvaneció en un suspiro final, y su mente comenzó a viajar por el vagón. Parecía que todo mejoraba. Vio a su madre, entendió a su padre. Lo arrojaron, y la muerte no era tan mala como lo había pensado.

Un haz de luz se proyectó sobre él. El ruido ensordecedor del mundo se acercaba sórdidamente. Cuando consiguió algo de aliento fue para exhalarlo poniendo punto final a un cuerpo que ya no se sentía como suyo, y se encontraba a miles de kilómetros de la vida.